nos lleva consigo; y las misericordias y favores que continuamente recibimos de sus manos, así nos lo prueban. El olvido no reina en el alma de María, mas ¿podemos decir otro tanto de nosotros? La vergüenza cubre nuestro rostro y el silencio que guardamos nos acusa. Casi siempre la tenemos olvidada, sólo acudimos á su patrocinio cuando así lo exige la gravedad de nuestros males; y á pesar de esto María nunca se niega á nuestros ruegos. Bendita sea su gran misericordia y el amor que nos tiene.

Decía el Señor en otro tiempo: ¿Qué haré contigo, oh Efraín? María puede quejarse de nosotros en los mismos términos: si nos colma de favores no lo agradecemos como fuera de desear, y muy pronto la olvidamos; y si el Señor nos castiga por nuestros pecados, pedimos el perdón por medio de María; mas ¿cuántas veces después de haberlo conseguido volvemos á las culpas?

¡Oh Madre incomparable, á quien Dios colmó de gracias y dones celestiales; Vos que fuisteis tan fiel á Dios nuestro Señor, tened compasión de vuestros hijos, que tan lejos estamos de imitaros; alcanzadnos los divinos auxilios para corresponder á la gracia con prontitud y fidelidad; hacednos dóciles á las inspiraciones del Señor y encended en nuestras almas el fuego de la santa caridad que arda inextinguible en nuestros corazones; y después de Dios, sed Vos, oh Señora, todo nuestro amor.

CAPÍTULO III

Nuestros deseos.

Aquella amabilísima Señora á quien llamamos Madre y hermana, dulzura y esperanza de los hombres, Madre de Dios y Reina de los cielos y de la tierra después de Jesucristo, es todo el deseo de nuestras almas; pensamos en Ella y la buscamos por doquiera; y al no hallarla, decimos lo que la Esposa decía de su Amado: En mi lecho, en mi descanso busqué á la preciosa Niña de mis amores, y no la encontré. Me levantaré, daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas á la muy Amada de mi corazón. ¡Ay de mí! la he buscado, mas no he dado con Ella. Me encontraron las patrullas que rondan por la ciudad, y les dije: ¿No habéis visto á la Amada de mi alma? A pocos pasos me encontré con Ella; he abra-

zado sus pies, y no la dejaré hasta que entre conmigo en la casa de mi madre..... El amor que tenemos á María, nos hace proseguir en estos términos: Yo no tengo otra casa que el Corazón de la sagrada Virgen, ni otra madre que Ella misma; y al decir estas palabras el gozo no cabe en nuestro corazón; conocemos que es inmensa nuestra dicha, y por nada consentiremos en perderla; si sobre esto el temor nos asalta, nos arrojaremos á los pies de María y le decimos: No permitais que nos separemos de Vos. A semejante desgracia preferimos la muerte.

Amar y servir á una Madre tan santa son nuestros deseos: ¿qué haremos para conservarlos y aumentarlos? Pensar en las excelencias y grandezas con que Dios la ha enriquecido, en el amor que le tiene y en las gracias que María se ha dignado dispensarnos. Nadie como Ella tan hermosa y perfecta entre todas las criaturas, ni tan rica en los dones de la gracia. ¿Por qué no preferirla en nuestro afecto á todo aquello que no es el mismo Dios? Si en las demás criaturas hallamos vanidad y mentira, miseria y tristes desengaños, nada de esto hallaremos en María; porque amándonos en Dios y dirigiéndonos al cielo con el ejemplo de sus virtudes, con las gracias que nos alcanza, y con la dulce inclinación que nos inspira á todo lo bueno, á todo lo santo, es para nosotros camino

de luz y de vida que nos lleva á Dios nuestro Señor.—Su amor trae consigo una paz dulcísima que nadie puede perturbar. En Ella no hay culpa ni sombra de defecto; es toda santa, perfecta y amable. ¡Insensatos nosotros que nos dejamos seducir por las vanas hermosuras de este mundo y confiamos en sus promesas halagüeñas, sin creer lo que en esto nos dice diariamente nuestra propia experiencia que todo es mentira y triste y miserable vanidad!

La perfección incomparable de María y la generosidad del cariño que nos tiene nos aseguran contra toda mudanza por su parte; por esto el amor que le tenemos inunda de delicias nuestras almas; y descansamos á su sombra bienhechora con una seguridad y un consuelo que con nada podemos comparar. En Ella están todos nuestros bienes, ya que con Ella está Jesús; el Corazón de esa Madre no cambia para nosotros. No hay, por lo mismo, en este mundo una felicidad semejante á la que hallamos en el santo amor de María que nos lleva al de Jesús, su Hijo benditísimo y todo nuestro bien.

El amor de Dios debe ser la regla del nuestro, porque está lleno de verdad y de justicia, porque es santísimo y perfecto; y Dios ama sobre todas las demás criaturas á María: ¿por qué, pues, no amarla con todo el corazón y sobre todas las cosas después del mismo Dios?—Mas

dejemos estas consideraciones, y veamos si nos será enojoso y pesado el amarla porque Dios así lo quiere y en ello se complace. Ya no se trata de María, sino del mismo Dios; y por esto tenemos que rendir el corazón á los pies de esta dulcísima Señora. Es la Hija predilecta del divino Padre: ¿verá con agrado nuestra indiferencia con María? Otro tanto podemos preguntar con relación á nuestro Señor Jesucristo Hijo de María, y al Espíritu divino que es el Esposo de esa incomparable y sacrosanta Virgen.

La caridad de Jesucristo nos urge, nos hace fuerza. Ojalá que pudiéramos decir estas palabras con toda verdad; seríamos mil veces dichosos. Con referencia á nuestro objeto, concédanos Dios poder decir también las siguientes: El amor que nos tiene María hace á nuestro corazón una dulce violencia. Vedle como se pone detrás de nuestra pared, mira por las ventanas y observa por las celosías. Solícito siempre de nosotros, procura sin descanso nuestro bien. Desde la cuna hasta el sepulcro se digna acompañarnos, y nos colma de gracias y favores. Una madre nunca olvida al hijo que llevó en su seno; y si esto llegase á suceder, jamás tendrá lugar en el amor incomparable que María nos tiene. Para probarlo allí están sus beneficios, y allí el olvido y la ingratitud con que los hemos pagado tantas veces; y aquel amor, benigno y compasivo jamás se ha decidido á abandonarnos. Nuestros mismos defectos, cual si pudieran darle nuevo aliento de vida le inclinan á tener compasión de nosotros. El defecto, dice el Angélico Doctor, es siempre razón de compadecerse, por causa del amor que vé como propios los males ajenos (1). ¡Cuántas veces nuestra dulce Madre habrá clamado á Dios nuestro Señor rogando por nosotros, como la Cananea: Señor; apiádate de mí porque mis hijos padecen grandes males!

Desde este punto de vista la generosidad del amor de María se nos presenta con un encanto indefinible; conmueve y enternece, en una palabra, rinde el corazón más duro, el más indiferente, el más ingrato; y vemos con toda claridad que es indispensable amarla y servirla con todas nuestras fuerzas; que en Ella, después de Jesucristo, debemos poner nuestra esperanza de vida y de salud eterna; y que tiene que ser el más vivo y ardiente deseo de nuestro corazón.

El amor verdadero tiene en sí mismo un germen de vida, que por decirlo así le asegura la inmortalidad: activo, generoso, constante, sufrido; las dificultades y contradicciones en vez de causarle desaliento, lo reaniman y desarrollan sus energías. Esto es lo que vemos diariamente en el amor de los mundanos; todo lo sacrifican por sus infames pasiones: la honra, la riqueza,

(1) 2ª 2ªe q. XXX, a. II.

la salud, la misma vida; y se dan por satisfechos cuando han conseguido lo que tanto anhelaban. Ahora bien; el amor purísimo y sagrado de que hablamos, ¿no tendrá por ventura la actividad y la constancia y las energías y la paciencia para el sacrificio que descubrimos en el amor mundano? Para todo esto contamos con la fortaleza soberana de la gracia; por lo mismo si el cariño que profesamos á la Madre de Dios no está embellecido con semejantes cualidades, no nos resta sino avergonzarnos y confundirnos. Los mundanos corren sin descanso tras de objetos que los envilecen y degradan y en los que hallan la muerte; nosotros que buscamos el amor incomparable de María, purísimo y sagrado, y manantial inagotable de salud y vida, lo hacemos con un desaliento que humilla y contrista nuestras almas. ¿Por qué no tratar de corregir una conducta semejante?

Los deseos que tenemos de amar á la sagrada Virgen, además de la funesta languidez que los detiene y debilita, acaso están mezclados con los deseos del mundo; si esto fuese así no adelantaremos en el amor de nuestra santa Madre; porque no hay sociedad entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad. Y ¿cuál será el remedio en tanta desgracia? Renunciar á todos los afectos que contradigan al santo amor de María. No debemos dividir el corazón entre Ella y el mundo. María nos pide todo el

corazón; y bien lo merece; porque Ella nos ha dado todo su cariño, y nos ha enriquecido con todos sus tesoros. Entre éstos ¿hay alguno que no nos pertenezca? El más valioso de todos es su Hijo primogénito; y sin embargo uniéndose á la voluntad del Padre le entregó á la muerte por nuestra salud. ¿Pagaremos tan preciosa dádiva con la mitad del corazón? Ni consagrándole enteramente al servicio de María podremos lograrlo. Son como nada todos los afectos, y las emociones y sentimientos que puede hacer llegar hasta el trono de María, si los comparamos con lo que ha hecho por nosotros.

En verdad, no es suficiente el que renunciemos al amor del mundo; tenemos además que alejarnos de todos los peligros cuanto esté de nuestra parte. Tal vez una triste experiencia nos esté diciendo que así debe de ser; ya que después de mil resoluciones, todo lo olvidamos al acercarnos al peligro.

La gracia de Dios, su gran misericordia y el patrocinio de María, son los grandes medios que tenemos para no caer, para conseguir lo que deseamos; mas el Señor nos ha dicho: Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad á la puerta y se os abrirá. Pidamos, pues, la gracia, nos dice san Bernardo, y pidámosla por medio de María; y ¿cuál es la gracia de que hablamos? Que Dios encienda y conserve en nuestras almas el amor de la sagrada Virgen;

que arda nuestro corazón en los deseos más vivos de ese amor santísimo; y Dios que tanto la ama y quiere que la amemos con todo nuestro afecto, no nos negará lo que pedimos. ¡Oh cuán agradables serán al Corazón de Dios nuestros ruegos! Señor, le diremos, encended en nuestras almas el amor de vuestra dulce Madre; deseamos amarla con todas nuestras fuerzas. Es tan buena, tan pura, tan santa; es tan hermosa y amable y tanto deseáis que la amemos; dadnos esta agua, os decimos con la Samaritana; agua que salta hasta la vida eterna, porque el amor que os pedimos trae consigo todos los bienes y á Vos mismo á quién siempre va dirigido; dadnos esa agua para no ir á beber las aguas corrompidas de los deleites del mundo.

El amor de María es un tesoro riquísimo, es joya inestimable de valor inmenso, y es maná de celestial dulzura; ¿por qué, no habríamos de hacer los mayores sacrificios para adquirirlo? y si de él tenemos en verdad, la debida estimación, ¿por qué duermen con tanta pesadez nuestros deseos?

Gustad y ved, decía David. Si dudamos que se halla en el santo amor de María una suavidad y una dulzura incomparable, muy superiores á las delicias y consuelos del mundo, gustemos y veamos, juzgando por nuestra propia experiencia: pongamos nuestro corazón en manos de María y consagrémoslo á Ella enteramente; que

después tendremos que decir: ¡Oh Señor, cuán abundante y delicada es la dulzura que derramais en el corazón de los amantes de María!

El amor de la santísima Virgen trae consigo un bien inestimable: el fastidio del amor del mundo. Los consuelos y delicias que María nos comunica son tan dulces que todo lo demás amarga nuestras almas, y casi las vuelve incapaces de desear cosa alguna que de María las separe. Si amando á la Madre de Dios, el mundo se acerca á nosotros para seducirnos, podemos contestarle: Ya nos hemos despojado de la inmunda túnica de la culpa, ¿volveremos á vestirnos con ella? Hemos lavado nuestros pies, ¿volveremos á ensuciarlos? y dándole la espalda, pediremos á la Madre del Señor que nos ayude y nos libre del peligro.

Los deseos matan al perezoso; no lo seamos en el amor de María, sino todo lo contrario, busquemos ese amor con una actividad infatigable y siempre en aumento; confiemos en Dios nuestro Señor y pidámosle el auxilio de su gracia. Los que ponen en El su confianza cambian su propia debilidad en fortaleza, toman las alas de las águilas y se remontan á altísimas regiones, sin fatiga y con sereno y majestuoso vuelo.

En todas las circunstancias de la vida debemos conservar los deseos de que tratamos: si el corazón rebosa de contento, pensemos que nada son los gozos de este mundo, si los com-

paramos con aquellos que nos proporciona el amor de nuestra santa Madre. En el tiempo de la tribulación, no olvidemos que los padecimientos que recibimos con humildad y acción de gracias, son el camino que nos lleva á las eternas recompensas; que estamos en el valle de las lágrimas donde el amor de María nos ha de consolar.

¡Oh santa Madre, hermosísima y perfecta sobre todas las criaturas! tomad en vuestras manos el corazón que os ofrecemos; es todo vuestro; encended en él los más ardientes deseos de vuestro amor. ¿Por qué habíamos de entregarlo al mundo ó á las pasiones, cuando sólo Vos después de Dios sois digna de poseerlo? Y Vos lo entregaréis á vuestro Hijo que lo ha criado para gloria suya.

Si se entibian los deseos que tenemos de amaros, reprendednos, dulcísima Señora, y avivadlos más y más hasta llegar á poseeros en el cielo; allí tendrán que descansar y estrecharán vuestros pies con un eterno abrazo.

CAPÍTULO IV

¡Es tan hermosa!

Es tan hermosa que el corazón y la mirada la van siguiendo á todas partes; y si llega á ocultarse, exclaman con un grito de dolor: ¡Ay la buscamos, mas no la hallamos! Y es que aquella hermosura encantadora, una vez vista no puede olvidarse, ni otra alguna puede sustituirla.

Antes de tratar la materia del presente capítulo, recordemos estas palabras del Eclesiástico: Para glorificar á Dios, ¿qué es lo que valemos nosotros? Siendo El omnipotente es superior á todas sus obras. Es terrible y grande sobre manera, y su poder es admirable. Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que todavía quedará superior á vuestras alabanzas; siendo como es prodigiosa su magnificencia. Bendecidle, ensal-